

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 37

San José, Costa Rica, C. A.

Julio, 1913

PÁGINAS COLOMBIANAS

Eusebio Robledo. . .	<i>El beso de la trilla</i>
Clímaco Soto Borda.	<i>Salpique de versos</i>
Antonio J. Uribe . . .	<i>Una república en un árbol</i>
B. Sanín Cano. . . .	<i>Preparación al olvido</i>
Enrique Pérez. . . .	<i>Ande la rueda. Los olvidados...</i>
Julio de Francisco. .	<i>El indio</i>
Rafael Tamayo . . .	<i>El mayor castigo</i>

EL BESO DE LA TRILLA *

NACIÓ mi madre de una honrada pareja de labradores; y dígoles así porque los dos abuelos—según lo supe—dieron recio con la azada sobre el duro terrón; y ambos a dos estuvieron en el ordeño, y juntos hicieron la empradiza y la sembradura, y creo que hasta en ancas enjalmadas de sendos caballucos tornaban cada tarde de los do-

* De *El Nuevo Tiempo Literario* de Bogotá.

mingos al silencioso pegujal. Y dormían el buen sueño de los hijos del campo, arropados en la tranquilidad y sabrosura de la honradez, del trabajo y sanidad de la conciencia.

· Mi padre vino de gentes un poco más levantadas del surco, ya que tuvieron alquería y vivienda de portalón, y algunos ganados y plantíos. Rústicos sí eran como los otros mis abuelos, y llevaron también recios callos en las manos; pero, en fin, no tenían que soportar la solana todos los días, ni en todas las horas de los días, ni echarse al hombro los leños secos del bosque para alimento de la lumbre hogareña.

Crecí en ese ambiente de frescura campesina, y con cierta hidalga superioridad sobre los coetáneos mozos de la comarca; pero jamás tuve conciencia vanidosa y exacta de ello, pues me codeaba con todos, hasta con los más pobres, en una fraternidad sana, sin dobleces y tan pura como el agua de nuestros regatos cristalinos, en ciertos sombrosos y escondidos remansos...

En cinco o más leguas a la redonda éramos todos conocidos y hermanos en la honrada labrantía, que es una hermandad apretada como la tierra, esperanzada como los

tallos verdes que oran a su Creador, y aromada de sinceridad y frescura, como la mies que da el pan blanco y las florecillas campesinas que dan pudores a el alma.

Corrí, pues, mi infancia de brazo con la encantadora amiga Naturaleza, y icómo recuerdo los angostos senderos del trigal, y las líneas de los maizales y legumbres en los bajíos, y en las serranías y oteros repe- lados algún buey enflaquecido, y una vein- tena de ovejas que ya levantaban una mano tímidamente enfurecida, o ya corrían ba- lando con un balar de miedo o de perdón! Pobres, así son los buenos de la tierra!...

Todo era sano dentro de esas cariñosas alegrías campesinas... Estoy gozando con mis añoranzas... La Vida es merecedora de vivirla, porque tiene virtualidades supre- mas; porque es expresión del Cielo... No es ella un prolegómeno, más o menos atrayen- te, pero escrito siempre con caracteres, de eterna supervivencia? Basta el recuerdo para hermostear la Vida...

Estas memorias tan viejas me dan una especie de rejuvenecimiento. Estoy ahora, sí, estoy ahora caminando por la vereda de curvaturas varias, de innúmeras divisiones, y muy alegre y muy distinta de aquellos

caminos que tienen «cierto dolor y honda tristeza», que quizás tomaron de los pasajeros que dejaron partículas de penas en las zarzas de las orillas y en las hojas volantas y macilentas.

Un sol de gloria arropa con magnífico encanto la llanura y los oteros y las montañas soberbias de la lejanía; saltan de los matujos los pajarillos trinadores y ríe la fontana bajo el puente de retorcidos maderos rústicos, y como un raro broche de oro mírase la trilla sobre el remanso de la colina... Conozco hace tiempo, con conocimiento de oídos y de alma, la voz de la doncella cantadora, y sé de su belleza y de su vida... Tal vez porque es tan buena, la dejaron sola, arrea que arreando en el semicírculo amarillo a los maltrechos animales que cascan los manojos secos.

Y qué bien suena su cantar montañés bajo el dombo del cielo barrido y sobre el escorzo suave de la colina desnuda!... ¡Sí, está desnuda ahora, pero también os dice que miréis recogida en el pezón del otero la fecundidad de su entraña!...

Y allí, en un cantar incomparable:

¡Arre, arre, mis amigas;
no *vos* diré yo mis males,
que son como las espigas
ocultas en los trigales!

Y estando yo tras uno de los montones de los pajares ya inútiles y aventados, entreabrí mañosamente el heno y canté:

Yo quiero mucho las flores
escondidas del trigal;
son flores de mis amores
y son el bien de mi mal.

Suspendióse la labor; miró ella para todas partes en averiguación de mi canto, y no estaban mejor coloreadas las amapolas de las cañadas frescas, que las mejillas de la sana hija del terruño... Yo la veía, pero la inocente no sabía de donde salían mis cantares.

Fueron unos cinco minutos de miradas al rededor y de rebusca del trovero enamorado. Continuaron luego los cascos pisando la alfombra rubia de la mies; y cuando ella seguía mirando, mirando de reojo, y cuando en notas casi imperceptibles modulaba que ella no decía sus dolores porque era una oculta flor de los trigales, salté brusca-mente de la montonera del pajar, y sin re-

ticencias, ni cortesanas, ni nada, le dije:
«Hermosura mía, hija de mi tierra, yo te
amo, te adoro! serás mi esposa? quieres
serlo, adorada mía?»

.
.

Hoy tengo setenta y cuatro años; escribo
estos renglones recostándome cada minuto
sobre el espaldar de mi sillón antiguo...
Pero ya viene mi amada ancianita, mi com-
pañera, mi esposa sin mancha; viene a mí
pausadamente, desde el tibio rincón donde
pedacea sus medias...

«Sí; vén, viejecita mía; vén, que voy a
darte con más hondo afecto el beso de la
trilla!...»

Eusebio Robledo



SALPIQUE DE VERSOS *

CAMPANADA

Tin... tán
tin... tán
talán
tlán

Dejémonos de risa
que de un amor están en el entierro,
y como no era un perro,
le cantan un responso y una misa.
Nada de avisos, coches ni tarjetas
en letras gordas y enlutados sobres:
Desengaños: dáos prisa,
y en alas de la brisa
como al amor de todos los poetas
llevadlo al cementerio de los pobres.

Tin... tán
tin... tán
talán
tlán

* Del volumen *Salpique de versos*. Bogotá, 1912.

LIED

Mueve el viento el cortinaje
de tu ventana,
y sigue, sigue de viaje
para una región lejana...

Y se detiene un momento
¡feliz viento!
y se roba una sonrisa
que hay en tu boca de grana,
y sigue, sigue de prisa
para una región lejana...

HORÓSCOPO

Una gitanilla vi
cierta mágica mañana
y la mano le tendí.
Y dijo así la gitana:

*«La palma de la mano del hombre es una palma
que lleva un signo trágico y misterioso y fuerte:
una M que sella las etapas del alma:
Madre, Mujer, Martirio, Misericordia, Muerte!»*

...Vé gitana, danza un tango
macabro en el Cementerio:
que los cuerpos van al fango
y las almas... al misterio.

Y QUÉ?

La vida es un chispazo festivo o fuerte,
y vivirla es un triunfo que nos proclama
vencedores en buena o en mala suerte...
Y después? Nada importa! Venga la Muerte.
La muerte es el remate del epigrama!

JUEGOS FLORALES

A MI MADRE

A ti, que no me besas como Judas,
diosa ajena a las lúbricas pasiones,
que de mi amor y de mi fe no dudas,
a ti, mi viejo sol, van mis canciones.

Cada palabra tuya es una orquesta
que al perdón y al ensueño me convida:
en los juegos florales de mi vida
tienes que ser la Reina de la Fiesta.

GITARRISTA

Entre el silencio y la quietud y el frío
de la vieja ciudad, como un fantasma,
bajo el ojo doliente de la luna,
todas las madrugadas,
el músico bohemio, el que tocando

en sucio bodegón la vida gana,
cruza las calles cabizbajo, solo,
llevando entre las manos su guitarra.

Del viejo y melancólico instrumento
maquinalmente arranca,
a veces notas ágiles y limpias,
a veces notas lúgubres y largas.
Salpican el silencio aquellas notas
que por entre sus dedos se desgranán:
unas ascienden por el Eter húmedo,
otras ruedan al suelo como lágrimas
y otras van a esconderse temblorosas,
como en una caverna, entre la caja.

La guitarra es su amante. Aquel bohemio
por ella diera el alma,
por ella vive y morirá con ella
entre las yertas manos agarrada.

En esas horas quietas
que preceden al alba,
cuando con dulce mano cariñosa
acaricia sus formas torneadas
y contra el pecho aprieta el alto y duro
pecho de la guitarra,
como presa de extrañío calofrío
ella, febril, convulsa, apasionada,
tiembla bajo la mano del artista,
vibran sus carnes y sus nervios saltan,
los bordones azotan el silencio,
el cobre grita y el acero canta.

Por los trastes que fingen
una tendida escala,

UNA REPÚBLICA EN UN ÁRBOL *

VIVA LA REPÚBLICA!—Este es mi grito y el de mis hermanos de la manada, del aire y de las aguas: mamíferos, aves, insectos, peces y zoófitos.

En la Naturaleza—obra perfectísima de sabiduría y de amor—no hay reyes. Monarquías sin soberanos ¿no es un contrasentido? Más que anticuadas, son inexactas y empíricas las denominaciones de reinos animal, o vegetal, o mineral que se leen en libros viejos o se oyen en boca de profesores rezagados. Será el Hombre Rey del primero de esos grupos, el Hombre que palidece ante el Escorpión y la Serpiente, y ha deificado al Buey y al Cocodrilo? Quién será el Rey del pueblo poderoso y pacífico que produce las flores, encanto de la Natura-

* Del volumen *Cuadros de la Naturaleza*. Medellín, 1912.

leza? Y del mundo inorgánico ¿será dueño y señor acaso el Oro, el corruptor, que se oculta en los filones de oprimidas rocas?

En las Abejas—que constituyen la más civilizada de esas pequeñas nacionalidades que un niño con el pie pudiera destruir— el mando corresponde a la más sabia y más valiente. Observaciones rutinarias hicieron creer a los entomólogos que estos insectos tienen Reina: es un error.

Son, no lo dudéis, republicanos ginecócratas, y es fácil demostrarlo.

Veis aquellos montículos que se engastan en las tortuosidades del viejo árbol del jardín, en medio de los Cardos y los Líquenes? Son, nada menos, que una Suiza en miniatura: agrupación de ciudades habitadas por un pueblo viril y enérgico, esteta y laborioso, cuyas costumbres han preocupado seriamente en todo tiempo, a los amantes del saber. Los ciudadanos de esa maravillosa república son las Abejas, que Linneo denominó *Apis mellifica*.

En una colmena—como si dijéramos en un Estado soberano de la vastísima nación de los himenópteros melíferos—hay tres suertes de individuos, según consta de aseveraciones fidelísimas que han inmorta-

lizado a centenares de observadores sagaces, desde el poeta de Mantua hasta Réaumur, Rendu, Hubert y Bonnet.

Las Abejas *neutras* forman la clase trabajadora, industriosa, o, propiamente, el pueblo. Ellas son las que recorren los campos y extraen de las florecillas aromáticas, néctar, polen y perfumes; las que cuidan y educan las larvas, estudiantina dormilona pero de grandes esperanzas; las que edifican, vigilan y pelean. Todas, a cual más, son sobrias, diligentes y valerosas: ostentosas de su valer, van y vienen armadas siempre de dardos matadores.

Las Abejas *machos* son la clase ociosa; útil sólo para la fecundación: son glotones, inermes, bulliciosos. Incapaces de conseguir el afecto de las neutras, sólo aspiran a una mirada de amor de la augusta Presidenta a quien todos solicitan, pero que no concede sus favores sino a un predilecto que, con sus compañeros morirá en poder de la gran muchedumbre que les odia y desprecia.

La Abeja *madre* es el alma de la nación y la que ejerce el Poder Ejecutivo; es la única que pone huevos, fecunda apenas una vez y productora durante mucho tiempo—por

partenogénesis—sin el concurso de los machos, maridillos desamorados y fríos. Esta Abeja, también llamada *Maesa*, es respetada por todo el enjambre e incondicionalmente obedecida, como que es la esperanza y orgullo de la colonia que se desarrollará precozmente en el jardín, merced a los vientos tibios, a las auroras esplendorosas, al calor vivificante.

Cómo llegó al poder supremo esa afortunada señora de los aires? Sería que lo heredó, como ciertos chiquillos que en las escalas de los tronos juegan con la suerte de los pueblos como con burbujas de jabón? No lo creáis.

Pasados los funerales de la Maesa muerta, las nodrizas que han dirigido y enseñado a las larvas, escogen algunas de éstas, que sobresalen por sus dotes físicas y quizá intelectuales; les dan una alimentación apropiada y exclusiva y, probablemente, lecciones de moral, virtud y patriotismo.

Estas larvas se desarrollan no como neutras estériles, sino como verdaderas hembras, fecundas, hermosas, dominantes. La primera que se presenta ante sus conciudadanos quiere asumir el mando del Estado; pero otras—condiscípulas y amigas,—tie-

nen la misma aspiración y se declaran como verdaderos candidatos a la presidencia, haciendo uso de legítimos derechos consignados en incógnito pero tradicional pacto de unión de la nación apiana.

Nobles, generosas y justas, las rivales no provocan la guerra civil en un pueblo que ama la paz y lo espera todo del trabajo. Ellas solas entrarán en la liza y decidirá del éxito una lucha a muerte.

Prepáranse a la lid; previenen los aceros aguijones y empieza el combate.

Al fin, una queda victoriosa; alrededor están tendidas en el campo sus competidoras; el pueblo, hasta entonces espectador silencioso, prorrumpe en aclamaciones entusiastas y la vencedora toma posesión del mando.

Esta es la verdadera república, sin imposiciones, sin fraudes, sin promesas vanas: en la lucha de las aspirantes deciden el valor y el mérito personal—¿quién les negará el derecho de personas?— y nunca la astucia ni la mala fe.

Si las sociedades de Abejas fueran monarquías, la larva procedente del primer huevo de la madre común, sería la heredera, la presunta Reina, u otra quizá preten-

diente a la corona por su sangre real o —como dicen los aristócratas— azul.

Este pueblo demócrata que, prescindiendo de la lucha caballeresca y épica de las hembras que aspiran al poder, jamás tiene guerras civiles; que en las internacionales, de colmena a colmena, se muestra fiero, incontenible, heroico; que respeta y apoya el gobierno maternal y suave de una hembra valerosa; que desconoce la ociosidad y tiene por letra de su escudo este mote: *Laboremus*; este pueblo, digo, es francamente, más civilizado y cuerdo que las repúblicas humanas; más digno de admiración y de respeto.

Joaquín Antonio Uribe





PREPARACIÓN AL OLVIDO *

ORACIÓN PARA LOS DÍAS MEJORES

EL mundo es mi representación! Volvamos a esta sentencia de Schopenhauer cuando llame a nuestras puertas el olvido consolador. El mundo es mi representación! Todo lo que existe, todo lo que el mundo contiene encantador y amable, todo cuanto me fastidia, todo lo que reviste caracteres insoportables u odiosos es creación de mis sentidos y existe por la gracia de la capacidad que tengo de percibir, de concebir, de combinar las sensaciones y de asociar las ideas. Una cosa me fastidia simplemente porque yo le concedo ese privilegio. La belleza de las flores, la dulzura del ambiente son conceptos que he creado para mi propia satisfacción. Los hombres son buenos o

* De la extinta revista bogotana *Trofeos*.

malos, perniciosos, útiles, cargantes o simpáticos según el punto de vista en que me coloque para juzgarlos; y, en suma, ellos no tienen cualidades, porque a mí me toca, sin que nadie pueda disputármelo, el derecho de calificarlos.

El mundo es mi representación! Es cierto que la mayor parte de mis representaciones no son exclusivamente mías, no me las debo a mí, no las he creado y desenvuelto yo solo. La herencia psicológica de siglos, el ambiente físico, el ambiente moral me imponen asociaciones de ideas más fuertes que la libertad de pensamiento con que suelo ufanarme. No soy libre de preferir el tono suave de la luz primaveral cernida por las copas de los árboles a la claridad meridiana y procaz del yermo arenoso. No es una deliberación lo que me hace amar a las rosas con pasión más honda que a las camelias. Es más fuerte que mi razón dejarme encantar antes por los estados crepusculares del pensamiento, que por los sistemas luminosos y por los métodos cuya mayor virtud es la necesidad de sus conclusiones. Pero esta misma falta de libertad no me priva de un adarme en la propiedad exclusiva que del mundo me ofrece la filosofía idealista. No

soy libre, pero me parece que lo soy, y con eso le basta a mi pensamiento para poseer el mundo de las representaciones.

Cuando el olvido llame a tus puertas, recuerda que es el mundo como voluntad y representación, como voluntad y representación de otras personas, el que se ha modificado: tu mundo permanece inalterable o si acaso se ha transformado es siempre tuyo en la fugacidad de sus apariencias.

Tú eres un átomo, un detalle en la representación que otros se han formado del universo. Eternas para este linaje exhalado de que hacemos parte, las mismas reglas que presiden al desarrollo de tu más hondo *Mismo*, presiden a la formación del yo caduco, efímero, en muchas ocasiones indiferenciable, de tus semejantes y desemejantes. Ellos te han servido como punto de escala para guiarte en la exploración de comarcas espirituales propias tuyas y que antes hubieron de parecerte inaccesibles. Tus semejantes te olvidan, tus desemejantes apenas te determinan. No los olvides tú nunca. Sírverte de ellos para enriquecer tu sensibilidad y para hacer más variado y más extenso este mundo que no es otra cosa que tu representación.

MEDITACIÓN SOBRE EL DESDÉN

Es menester que los jóvenes amen la gloria. Es un bello motivo de obrar el deseo de poseerla. La juzgan cosa de poco momento aquellos que ya la poseen, y fingien despreciarla quienes fatigados de cortejarla perciben, mirándose introspectivamente, que acaso no la merecieron y que por eso no la han obtenido. La tienen éstos por cosa pasajera, y suponen de humor antojadizo a los que la otorgan. El ser pasajera no es razón para hacerla desmerecer. La gloria llega, pasa, se desvanece unas veces para no volver a mostrarse, otras para retornar, acaso tardíamente, embellecida con nuevas apariencias. Es efímera y variable, y por eso es más digna de ser amada. Amemos lo efímero! Amamos la belleza que es transitoria en la mujer, en las flores del campo, en las aves del cielo, en el concepto que de ella nos van ofreciendo las caducas filosofías humanas. Aman otros las riquezas, que son pasajeras, y hacen los más cautos de tal suerte que su amor no los lleve a dejarse

dominar por ellas. Amamos la virtud, cosa efímera si las hubo; la inteligencia, que se va perdiendo insensiblemente y que depende de accidentes tan caprichosos como la irrigación sanguínea regular y precisa del encéfalo. Una gota más de sangre en ciertos vasos destruye toda la preciosa fantasmagoría que adquiere conciencia de sí misma y que se llama el *yo*. Gotas menos dan origen al cretinismo. Acariciar la inteligencia, enorgullecerse de tenerla hermosa, generalizadora, alerta, deductiva o constructora es tan natural y necesario como acariciarse la barba negra y sedosa que mañana puede ser gris y ese otro día caer desarraigada por el herpes.

El hombre desprecia naturalmente lo duradero. No tenemos en aprecio el aire, que nos parece eterno, porque causa la muerte si desaparece. El agua, que se difunde por donde quiera, que parece eterna ubiova, tampoco es objeto de nuestras ambiciones. Es preciso limitarla, es preciso que alguien adquiriera capacidad de usurparla para que nosotros pensemos en que es deseable. El río, cuyas aguas nos saludan momento por momento y pasan, fecundando la comarca que llamamos patria, a conservar el nivel de

los mares en nuestra costa risueña, no es objeto de nuestra codicia. Sólo cuando nos deja y va a florecer sus orillas en territorio ajeno, empieza a ser digno de que otros quieran limitar el uso de sus aguas.

No sigue el pueblo, ni la posteridad tampoco, los dictados de la razón para conceder la gloria. No piensan así los que están disfrutando de sus favores. Mas si fuere cierto, como podrían sostener los demás, que la gloria es ciega o lo son aquellos que la distribuyen, eso la haría más digna del aprecio humano. Si hubiese reglas precisas para concederla, y pudiera calcularse su llegada con el mismo rigor con que son anunciados los eclipses, vendría a menos entre los hombres. No es la razón la suprema distribuidora de este bien enorme. Lo deben, más bien, quienes lo alcanzan, al sentimiento de sus semejantes. Y el estar ligada la gloria a los caprichos de la multitud antes que a las decisiones de la ciencia, hace que los mortales sacrifiquen por lograrla su comodidad unas veces y en ocasiones contadas un poco de su seriedad. Eso no le quita precio, parece que, al contrario, acendran el valor de sus excelencias.

En fin, es preciso no dejar en la sombra

las acciones que le procuran la gloria al hombre cuerdo que sabe desearla y obtenerla por la vehemencia de sus deseos. Existen desde luego los hechos heroicos. Una generación los admira y glorifica: es la que los explota. Otra generación los olvida. Más tarde el historiador y el moralista, desfigurándolos, tratan de acomodarlos a sistemas explicativos de la evolución de los pueblos. Los héroes vienen siendo productos naturales como el vitriolo y el azúcar, o son maniqués propicios a la luminosidad de una probanza. Se cierne la gloria también sobre los descubrimientos científicos. Nada sería tan injusto como negársela a los trabajadores que enriquecen la vida con verdades nuevas. Debemos contribuir a ponerles aureola. Primero la recibe el alquimista, luego los químicos que dividieron la materia en un número preciso de cuerpos claramente definidos y estables. Nos preparamos ahora para decorar con el halo radiante y eterno a los que vuelven a descubrir la unidad de la materia. Fueron gloriosos los que la hallaron indestructible e increada, y ahora lo son quienes demuestran, estudiando los fenómenos de disociación, que la materia perece. Cómo no amar la

gloria con que la humanidad recompensa estos trabajos de gabinete? Es efímera, caduca, transitoria, pero es evidente!

No olvidemos la fama de los que descubren nuevas verdades filosóficas, de los que aplican nuevos sistemas y dividen en categorías inesperadas las acciones del hombre y sus consecuencias. La gloria pasa sobre estas cabezas con tal rapidez y donaire, que está uno tentado a proponer que la representen con el símbolo de una hermosa mujer fatigada y enferma de automatismo ambulatorio.

aldomeru
B. Sanín Cano



ANDE LA RUEDA...

LA historia del olvido de que es y ha sido víctima el que nos trajo las gallinas, se repite todos los días. La estatua, el monumento glorificador, no fueron, no serán nunca para él. La gratitud y la recompensa corresponden siempre al que prepara los huevos de acuerdo con una nueva fórmula. Es el caso de casi todos los inventores genuinos: la justicia humana, o, para hablar en más exactos términos, la humana injusticia, glorifica al último que llega con alguna innovación basada, desde luego, en la iniciativa de un genio creador que ya no existe ni habrá de venir a importunar con el reclamo de lo que le pertenece. Quién se acuerda de la chispa de ingenio, de la habilidad para aprovechar un casual incidente, de la constancia y de la abnegación

de los precursores? No se piensa en que, por mucho que se le modifique, el primer golpe de genio no pierde nunca su valor intrínseco. Y el mundo se complace en perpetuar errores a sabiendas de que lo son: Colón tiene muchas estatuas; no digo que no las merezca por su abnegación y su constancia; mas no por la mentira convencional de que fuera él el verdadero descubridor de América.

Cuando viajo en ferrocarril, a razón de sesenta o más millas por hora; cuando a través de los campos se desliza, como una flecha, y apenas toca la amarillenta cinta de la carretera el rápido automóvil o la motocicleta, dando a los sentidos la sensación del vuelo, no pienso en la tersura del riel, ni en la consistencia de la vía, ni en la mollicie del Pullman; pienso en el admirable elemento de la mecánica, en el instrumento maravilloso, que es la rueda, sin cuyas revoluciones la humanidad no marcharía. Y me digo: Quién inventó ese portento sobre el cual gira—creo no exagerar—toda la obra del hombre en el planeta?

Y vosotros, los que en las salas de patinación rodáis sobre la tersa superficie del *Rink*, ¿consagráis siquiera un recuerdo a

quien con su ingenioso mecanismo hizo posible vuestro *sport* favorito?

Eliminad la rueda, ¿qué restaría de esta civilización de que tanto nos jactamos? Cuando Carnegie formaba la lista de los veinte hombres más grandes de la humanidad, ¿le ocurrió pensar en el inventor de la rueda? No; Carnegie no pensó en él, nadie piensa en él, acaso porque pertenece al número de los benefactores ignorados, los únicos que, en definitiva, han servido sin egoísmos a la humanidad.

De cada diez, nueve personas por lo menos hacen uso diario, en las grandes ciudades, de los vehículos de ruedas. Materialmente hablando, hombres y cosas en el mundo van como por sobre ruedas, sin que con ello quiera decir que marchen como debieran. Mas si la proporción de los que ruedan sobre la tierra—porque también se rueda sobre el agua y en el aire—alcanza a un noventa por ciento, acaso no alcance a uno por mil el número de los que piensan en la evolución operada, a través de los siglos, en los vehículos rodantes.

Tiene la historia noticia de ellos desde los más remotos tiempos egipcios. Probable es que su existencia date de más atrás. Del

Egipto se extendió el uso de la carroza a otros países. Babilonia la empleó en la guerra y en la caza; nos habla Homero de que los contendores en Troya marcharon en sus carros a la batalla y combatieron en ellos. Los romanos usaron de las carrozas para dar mayor esplendor a sus fiestas. Los persas solían convertirlos en fortines, desde los cuales varios guerreros lanzaban sus dardos. Alejandro, a su regreso de la India, viaja en carroza tirada por ocho caballos, y su ejército le sigue en millares de vehículos de ruedas.

Parece fueron los romanos los primeros en destinar las carrozas al servicio particular, y con ese fin fabricaron la *reda* y la *carruca* para largos viajes. De *carruca* vienen *carruaje* en castellano, *carrose* en francés, *carrozza* en italiano y *carriage* en inglés.

El feudalismo prohibió el uso de las carrozas: los señores feudales eran hombres de a caballo.

El carruaje cubierto hace su aparición en el siglo xv, pero estuvo restringido su uso hasta el día en que el emperador Federico visitó a Frankfort en 1474. En Francia se conocieron los carruajes desde el siglo xiii, pero una orden de Felipe el Hermoso, fe-

chada en 1294, prohibió su uso a las mujeres casadas: sus razones tendría. Probablemente se propuso evitar con la medida que su esposa Doña Juana, conocida en la historia con el nombre de *La Loca*, cometiera alguna indiscreción.

Hay noticia de que en París sólo se encontraban tres carruajes por los años de 1550: el de la reina, el de Diana de Poitiers y el de un buen señor René de Laval, tan obeso que no podía darse el lujo de montar a caballo. En Italia, por aquellos tiempos, no era más común el uso del carruaje que en Inglaterra y Francia. Pío V ordenó a los cardenales que sólo usasen del caballo, y declaró que los vehículos de ruedas estaban bien para las mujeres, pero no para los hombres. No es el primer caso de intervención papal en estos asuntos: cuando empezó a hacer furor la bicicleta, ahora pocos años, el Pontífice prohibió a los sacerdotes que se sirviesen de ella.

En Holanda marchaban las cosas de muy distinto modo, pues en la ciudad de Antwerp solamente, se contaban más de 500 carruajes a mediados del siglo XVI. Los alemanes introdujeron a Inglaterra los *coaches* (ómnibus) en 1580; a principios del

siglo xvii su uso era general y su número, en Londres no más, llegaba a seis mil.

La construcción de carruajes hizo en Francia notables progresos durante el reinado de Luis XIV, progreso que fue simultáneo con el que alcanzó la industria en Alemania, Italia e Inglaterra. Ya no era la rueda el disco de madera de los antiguos carros egipcios, griegos y romanos. Había evolucionado hasta convertirse en la rueda común y *corriente* de nuestros días, y, aunque menos perfeccionada, siempre compuesta de tres esenciales elementos: el cubo, los rayos y la llanta.

El coche de alquiler aparece en Londres en 1625, pero la autoridad restringió el permiso para su circulación a cincuenta vehículos en 1635. El rey y la corte se oponían al uso de los coches porque, según ellos, dañaban los pavimentos de las calles. No obstante aquella oposición, se contaban ya muy cerca de tres mil carruajes de alquiler en las calles de Londres en 1650. París había empezado a servirse de ellos durante la menor edad de Luis XIV. El primer empresario tenía sus cocheras en un lugar llamado St. Fiacre en la calle de San Martín, y de ahí el nombre de *fiacres* con

que se ha distinguido hasta hoy a los coches de punto en la capital francesa. En las postrimerías del siglo XVIII aumentó considerablemente el uso de los ómnibus en Inglaterra, y en 1784 la rapidez normal de estos vehículos era de ocho millas por hora, y pasaban de 700 las diligencias en servicio en Gran Bretaña e Irlanda. El sistema de construcción de caminos introducido por Mc Adam contribuyó al progreso y evolución de la rueda.

En 1813 ya cuenta París cerca de 1200 *cabriolets de place*, nombre que el uso ha recortado hasta convertirlo en la palabra *cab*. Los ómnibus empezaron a rodar por las calles de la capital en 1662, pero estaba prohibido su uso a los soldados, a los criados y a las personas de poco valimiento. En Londres, el primer ómnibus fue puesto al servicio público en 1829. La Compañía General se organizó en 1856, y de entonces a hoy ha evolucionado este vehículo hasta convertirse en el tipo actual del *motor-bus*, tan rápido y suave como el automóvil. El mecanismo de los actuales automóviles, en el cual juega la rueda papel tan importante, data de fines del siglo pasado, esto es, de ayer no más. Vino el motor de petróleo a

sustituir la fuerza muscular aplicada directamente por el hombre. Al velocípedo sucedió la bicicleta, y ésta, a su vez, empieza a ser reemplazada por el motor-ciclo. La naturaleza de la rueda no cambia, el portentoso invento tiene siempre el mismo principio por base, pero es susceptible de mejora en lo que dice relación a la llanta cuya suavidad evita trepidaciones y aumenta la rapidez y la estabilidad de los vehículos. La rueda es siempre la misma, lo que ha cambiado es el poder del hombre para hacerla girar más rápidamente y con mayor seguridad. La rueda de la carretilla de mano, que corría antes al impulso del hombre, impelida ahora por modernos mecanismos, presta el mismo servicio, muchas veces multiplicado por su fuerza motriz, y lleva, además, a su conductor.

Interminable se haría este artículo si dedicara algunas líneas a cada uno de los usos de la rueda. La rueda hidráulica, la elevadora, la de paletas, la Pelton, las ruedas dentadas, etc., hasta el infinito, y hasta la rueda de la fortuna, cristalizada por el hombre en la ruleta.

Lamento tener que citar en esta apología del autor ignoto del maravilloso invento, el

suplicio de la rueda; pero observo que este suplicio, en práctica todavía en países que se dicen civilizados y cristianos, no proyecta sombras sobre el cuadro luminoso de la evolución de la rueda, sino sobre la barbarie del hombre que dió, y da todavía, tan vergonzoso empleo al más portentoso de los inventos humanos.

No conozco ningún canto a la rueda. Estrecharía con efusiva gratitud la mano del poeta que regalara a la humanidad con ese poema de reparación y de justicia al genio ignorado que la concibió. En cuanto a honrar su memoria, la rueda misma, lo que ella representa en el pasado, sus posibilidades en lo porvenir, constituye, por sí sola, el más adecuado monumento.

Londres, diciembre de 1912.

LOS OLVIDADOS

AL amanecer abro los cristales. Una lluvia de polvo de oro invade la estancia, y como sostenida por manos invisibles flota en el tibio ambiente.

Hay mucha luz, mucho sol en lo alto; mucha sombra, mucha tristeza abajo.

Aparece en los árboles el anuncio de la recién venida primavera. Los pequeños retoños semejan aguas-marinas engastadas en los escuetos, nudosos troncos.

Dijérase que todo renace en torno, que todo vuelve a la vida; y, sin embargo, envuelve el espíritu niebla de nostalgia que cubre el paisaje con vagas tintas melancólicas.

No renacen con la primavera las esperanzas muertas: la vida del espíritu, ya vivida, no torna a alegrar con sus renuevos el mustio tronco del árbol de los tiempos idos.

Allá abajo, muy cerca de la línea del horizonte, se divisa el campo del Alfarero. Llámase así el Campo-Santo de los desheredados; de los pobres de solemnidad; de aquellos que al morir se llevan cuanto tienen, por lo mismo que de todo carecen; ni siquiera dejan un deudo que piadoso les cierre los ojos y les dé sepultura en seis pies de tierra, suyos, muy suyos, donde reclinar la cabeza y descansar de la ponderosa carga de la vida.

Varias veces, al cruzar por ese sitio solitario en donde moran los ignorados, los héroes sin nombre, del grande ejército que nos ha precedido en el tributo ineludible, he

pensado en el porqué de ese capricho inexplicable del destino que los impelió a desfilar, sin dejar huellas, no comprendidos quizá, por la tortuosa vía que conduce de la cuna al sepulcro...

Una bandada de gorriones mete tal algarabía en el alero, que despierto sobresaltado de mi melancólica meditación; me ha parecido oír una carcajada sardónica, salida por entre las grietas de uno de esos túmulos olvidados que mi imaginación tenía tan cerca momentos ha, y que ahora al salir de mi abstracción, merced al alegre alboroto de los alados pilluelos, aparecen a mis ojos solamente como un punto borroso que se pierde, que se esfuma en la línea gris del horizonte.

Hay mucha luz, mucho sol en lo alto; mucha melancolía, mucha tristeza abajo. Ya aparece en los árboles el anuncio de la recién venida primavera; los pequeños retoños semejan aguas-marinas engastadas en los escuetos, añosos troncos.

Es Mayo, que llega ostentando todo su su galano atavío de cielos límpidos y azules; de ambientes saturados con el perfume de sus flores; de auroras que cruzan el éter en carrozas de luz; de crepúsculos en que el

Dios-Sol, cual si prefiriese morir antes de declararse vencido ante la noche que avanza, se destrozara las entrañas e hiciera saltar a torrentes su sangre generosa para con ella salpicar el rostro a la noche que llega, a la noche que triunfa.

* * *

Y con todo, acierto a explicarme el olvido que envuelve entre los piadosos pliegues de su fúnebre manto a los que ya no existen. Ya no están ahí para reclamar lo que es suyo, para protestar contra la injusta usurpación que en vida sufrieron, merced a las caprichosas veleidades de la suerte. Mas no hallo respuesta al porqué del inmisericorde olvido a que condena la humanidad a los que por ella laboran, en el silencio y en la oscuridad, sin otra luz para alegrar su senda que la serena lumbre del genio que ilumina sus almas.

Son ellos los que siembran el grano que, fecundado por la tierra, revienta en rubias espigas; los que alzan el surco bajo las inclemencias de la lluvia y del sol; los que en la guerra son segados sin piedad por la metralla; los que juegan la vida en la conflagración de los incendios para arrebatarnos a

las llamas los ancianos y los niños; los que trepados en los altos mástiles, desafían la tempestad, y, atentos a la maniobra, conjuran los naufragios; los que en la soledad del laboratorio exponen la salud en pos del microbio de las grandes dolencias humanas, para vencerlo con sus propias armas; los que, escritores, abren senda y señalan nuevos horizontes a los espíritus hambrientos del pan intelectual; los que regalan a la humanidad, con la flor de la juventud, el fruto de sus desvelos, y en su obsequio rinden hasta la vida misma sin exalar una queja, una voz de protesta contra su brutal indiferencia.

Ellos, los que en el oscuro retiro de su taller intelectual viven en íntima comunión con el arte en sus más grandiosas manifestaciones y dan de sí todo lo que tienen, sin recibir nada en cambio, como no sea un tardío reconocimiento en forma de irrisoria inscripción sobre la losa que guarda sus cenizas.

Ellos, en fin, los creadores de lo útil y lo bello; los legítimos intérpretes de lo artístico, que van dejando a su paso reguero de flores y de luz, frutos sazonados de su genio y de su esfuerzo, sin recibir nada en

cambio como no sea la simulada indiferencia con que la envidia pretende oscurecer la gloria.

Y acierto a explicarme el olvido que piadoso envuelve entre los pliegues de su fúnebre manto a los que ya no existen. Ya no están ahí para reclamar lo que es suyo, para protestar contra la injusta usurpación que sufrieron en vida merced a inescrutables caprichos del destino; mas no hallo respuesta al porqué de la inmisericorde indiferencia con que el mundo mira a los que laboran sin ostentación, en el silencio y en la oscuridad, sin otra luz para alegrar su senda que el sereno luminar del genio que alumbraba sus almas.

De *Hispania*. Londres.



FUENTES PAGANAS Y JUDÍAS DE LA VIDA DE JESÚS

A BENITO SPINOSA, filósofo holandés de origen israelita, debemos los modernos el método científico de exégesis aplicado a la interpretación de los mitos y de los símbolos. Con su *Tratado Teológico Político*, Spinosa fue el precursor de los mitólogos y de los evhemeristas y preparó el camino a la escuela alemana del siglo XIX. Por primera vez aplicó a las cuestiones políticas o religiosas la libertad de pensar con todas sus consecuencias. Más tarde el estudio de la mitología comparada producía en todas partes ideas nuevas. Wolf y Müller quitaron los velos que cubrían la antigüedad griega y latina, Bauer aplicó a la historia sagrada los principios de crítica tan delicadamente reconocidos para la historia profana, y en 1802 el mismo Bauer dió a la estampa una *Mitología hebraica del Antiguo*

y del Nuevo Testamento. La más antigua historia de todos los pueblos, decía Bauer, es mística; por qué la historia de los hebreos sería una excepción, cuando basta echar una ojeada sobre los libros de la Biblia para advertir que contienen leyendas semejantes a las de los otros pueblos. La exégesis científica estaba fundada.

Al recordar a Spinoza, el judío ateo, el revolucionario del dogma y de la moral, no podemos menos de pensar en las fatales ironías de la historia. Un judío echaba en el siglo XVII las bases de la interpretación rígida de las divinas enseñanzas de aquel dulce judío que pobló de sueños la mente de los esclavos; un razonador geométrico, de aquella raza, un filósofo que previó la filosofía del porvenir, rasgaba, el primero, la maravillosa tela de araña de las leyendas encantadas, de las sencillas parábolas que tuvieron por escenario las márgenes del Jordán y las campiñas de Galilea. Y cosa singular, fue Spinoza, el israelita, el autor de la teoría de la vida universal y de las leyes fatales de la historia!

Jesús, como Sócrates, no escribió: habló. Su verbo destilaba sobre sus rústicos oyentes y su belleza embelesaba a las criaturas.

Los discípulos más amados de Sócrates transmitieron a la posteridad sus doctrinas y narraron con estilo de oro los diálogos sostenidos por el maestro con sus jóvenes amigos bajo las frondas de la Academia. Los discípulos de Jesús recogieron de sus labios la buena nueva, la comunicaron a sus parientes y amigos, y la inmortalizaron en los celestes Evangelios. Estas son las fuentes sagradas y los libros canónicos de la vida de Jesús, fuera de los cuales todo era sospechoso en otros tiempos, y así el sapientísimo Luis Moreri termina la noticia de Jesús con estas palabras: « Nada hemos referido en esta narración que no sea tomado de los Evangelios. Todo lo que sobre esto se dijere será o fabuloso o apócrifo o incierto ».

Pero hay otras fuentes emanadas de autores que sin haber seguido sus doctrinas, ni haber vivido en Judea en los días mesiánicos, ni haber adivinado siquiera el germen de renovación universal que tales doctrinas entrañaban, nos han dejado, sin embargo, noticias precisas del fundador del Cristianismo y de los primeros cristianos.

El primero de estos autores es el judío Flavio Josefo, hijo de Matatías, descendien-

te de los sumos sacerdotes de Jerusalén. Era tan amante de la filosofía que se fué a vivir al desierto tres años para conversar con el ermitaño Bano. Visitó a Roma en tiempo de Nerón y fue amigo y protegido de Popea. Estuvo en la toma de Jerusalén por Tito, cuyos episodios escribió en pulida prosa que le ha merecido el nombre de Tito Livio griego. Años después de la muerte de Jesús, escribió sus *Antigüedades Judaicas*, en las cuales aparece bajo el Libro XVIII, Cap. IV, un párrafo que yo he leído con rara emoción, en un antiguo pergamino de Basilea, impreso por Froben, el amigo y editor de Erasmo, en el año de 1559. Ese precioso párrafo empieza como un Evangelio: "*Eodem tempore fuit Iesus, vir sapiens, si tamen virum eum fas est dicere*, etc. En aquel tiempo (es decir, en el tiempo de Pilato) vivía Jesús, hombre sabio, si podemos llamarlo hombre, porque hacía muchas maravillas. Él enseñaba la verdad a aquellos que querían ser instruidos; y se atrajo muchos judíos y aun gentiles. Era el Cristo. Fue acusado ante Pilato por los principales de nuestra nación, y Pilato lo hizo crucificar. Los que lo habían amado antes, no cesaron de amarlo,

porque, tres días después, se dejó ver de aquellos, resucitado. (*Apparvit enim eis tertia die vivus*). Los santos profetas habían predicho estas cosas de él, y muchas otras maravillas, y la secta de los cristianos, que de él tomó su nombre, subsiste aún en la actualidad.»

Este pasaje lo consideran varios exégetas, apócrifo, fundándose principalmente en la estrecha relación que existe entre los dos párrafos, entre los cuales aparece aquél y que tratan de una conspiración contra Pilato, y en que los primeros escritores de la Iglesia, no lo mencionaron. San Jerónimo, sin embargo, coloca a Josefo en su cuadro de los escritores eclesiásticos, y cita textualmente el pasaje. Para Renán este pasaje no es extraño en Josefo, lo estima muy propio del gusto del historiador judío, pero afirma que ha sido adulterado por manos piadosas cristianas.

El segundo de los autores profanos es Cayo Cornelio Tácito, historiador romano, quien escribió alrededor del año ciento de la era vulgar sus *Anales*, en los que figura, bajo el Libro XV, un pasaje que hemos leído también en una antigua edición de Basilea, del año 1533. En este pasaje cuen-

ta Tácito que después del incendio de Roma, queriendo Nerón extraviar la opinión pública que lo señalaba como el autor del siniestro, «buscó culpables, e hizo sufrir las más crueles torturas a infelices aborrecidos por sus infamias (*per flagitia in- visos*) a quienes llamaban vulgarmente cristianos. El Cristo, que les dió su nombre, había sido condenado al suplicio bajo Tiberio, por el Procurador Poncio Pilato: lo que reprimió por el momento esta execrable superstición (*exitiabilis superstitio*); pero bien pronto el torrente desbordó de nuevo, no solamente en la Judea, origen del mal, sino hasta en la misma Roma, donde afluye y encuentra prosélitos todo lo que el mundo encierra de infamias y de horrores. Cogieron, primero a aquellos que confesaban ser cristianos, y en seguida, por los denuncios de éstos, a una inmensa multitud de personas, que fueron menos convencidas de haber incendiado a Roma que de odiar al género humano. Al suplicio se agregaba la burla; los envolvieron en pieles de bestias feroces para hacerlos devorar por los perros; los crucificaron, o les untaron los cuerpos de materias inflamables, y por la noche servían de antorchas

para alumbrar. Nerón había cedido sus propios jardines para este espectáculo, y al mismo tiempo daba juegos en el Circo, confundiéndose entre el pueblo con traje de cochero, o conduciendo carros. Así, aunque los cristianos fuesen culpables y dignos de los últimos suplicios, (*et novissima exempla meritos*), se sentía compasión por estas víctimas que parecían inmoladas menos por el bien público que por la crueldad de un solo hombre.»

Cornelio Hispano

De *El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1911.



EL INDIO

Hundida hasta las cejas la corroscá;
ruana listada, de algodón; montera;
calzón de manta; abierta la pechera
de lienzo crudo; la epidermis hosca.

El guayacán en la muñeca tosca
siempre colgado; alega a la ventera
a tiempo de pagar, y urde quimera
cuando tras larga libación se amosca.

Con la ovalada jaula ya vacía
de vuelta del mercado, la alegría
del lucro humilde su semblante inunda.

Y ajeno de la suerte a los rigores,
al son del tiple canta sus amores
a la luz de la tarde moribunda.

Julio de Francisco

EL MAYOR CASTIGO

Dijo a Luzbel el Pueblo:—Qué delito viste mayor en la terrena esfera?
Y enarcando la ceja hirsuta y fiera
—el Despotismo, respondió el proscrito.

Y gritó airado el Pueblo:—Necesito para un déspota audaz que en su carrera nunca puso a sus ímpetus barrera, castigo cual su crimen, infinito.

—No es, dijo Luzbel, de rojas piras ver por su culpa la Nación sembrada, el torcedor más rudo del tirano:

es sentir en la faz la bofetada de los que fueron brazo de sus iras y, caído, sobre él alzan la mano.

Rafael Tamayo